

## **Relaciones de subordinación Estados Unidos, regímenes militares y reformismo (1940-1970)**

Roberto Turcios\*

### **Resumen**

Entre 1940 y 1970, los Estados Unidos se desempeñaron como actor externo-interno decisivo en los acontecimientos principales de América Central. En ese período se pueden distinguir tres momentos principales. El primero fue el de la Segunda Guerra Mundial, en el cual se forjaron aspiraciones democráticas que tuvieron una influencia importante en la política de la región. El segundo momento siguió los dictados de la Guerra Fría y el oleaje anticomunista procedente de Washington. En ese ambiente se inscribió la operación contra el gobierno de Guatemala, en 1954, que cambió el curso político regional e influyó en el pensamiento de los ejércitos centroamericanos. Y el tercero estuvo moldeado por el reformismo anticomunista de la Alianza para el Progreso, formulado frente al empuje de la Revolución cubana y su impacto en América Latina. El gobierno salvadoreño adoptó los postulados de la Alianza con entusiasmo, quedándose corto en las reformas, pero favoreciendo una apertura política-electoral limitada. Sin embargo, a raíz de la guerra contra Honduras, en 1969, la apertura política fue sustituida por el tránsito al autoritarismo de seguridad nacional.

### **Palabras clave:**

anticomunismo, Centroamérica, ejército, El Salvador, elecciones, Estados Unidos, política internacional, reforma agraria, revolución, seguridad nacional.

\* Analista e historiador salvadoreño.

### Operación encubierta

Un plan de intervención se ha puesto en marcha. Está diseñado con el meticuloso sigilo que exigen las operaciones encubiertas y comprende acciones psicológicas, económicas, diplomáticas y militares. Es una operación importante; ni más ni menos que la de mayor envergadura lanzada desde el fin de la Segunda Guerra Mundial por el gobierno de los Estados Unidos en América Latina.

El blanco del ataque es un gobierno centroamericano. Para la Casa Blanca no importa su legitimidad electoral, sino el tipo de medidas que ejecuta; entre ellas, una reforma agraria novedosa, porque se propone la transferencia de las tierras sin cultivar a los campesinos, sin que la nacionalidad estadounidense de algunas empresas propietarias sea una razón para hacer excepciones. A los funcionarios de inteligencia también les importa la presencia en el gobierno de líderes comunistas.

La lucha es desigual: de un lado hay recursos, ocultamiento, aliados importantes en la región; el otro lado confía en el Ejército, —sobre todo— en el pueblo y en la capacidad propia para actuar, tanto en el campo diplomático como en el de la política doméstica. Al final se impone el desconcierto local ante la apabullante superioridad, en especial, frente a un hecho consumado: la pasividad de los militares locales. Las filas castrenses estaban minadas como resultado de las acciones de distinta naturaleza emprendidas desde Washington.

El nombre de la operación es Pbsuccess; la entidad encargada de implementarla, la CIA; el objetivo, el gobierno del coronel Jacobo Arbenz; el país, Guatemala; el año, 1954. Hay varios sujetos y aliados del plan: unos son los internos, liderados por el coronel Castillo Armas, quien ha logrado el respaldo de Washington, el que también querían otros de sus colegas, como el general Idígoras Fuentes; además, hay aliados externos, entre ellos, los medios de prensa y los gobiernos de Honduras, Nicaragua y El Salvador. En Guatemala se concentraba entonces la atención de la izquierda de América Latina. Incluso un joven que después se convertiría en una leyenda había

llegado a conocer ese proceso extraordinario. En aquellos días sólo era un médico de nacionalidad argentina, un tal Ernesto Guevara.

### Varias décadas, tres momentos, un planteamiento

Entre 1940 y 1970, los Estados Unidos se desempeñaron como actor externo-interno decisivo en los acontecimientos principales de América Central. En ese período se pueden distinguir tres momentos principales, cada uno con su impronta característica. El primero fue el de la Segunda Guerra Mundial, donde había una especie de emblema superior (la lucha contra la Alemania de Hitler) y una alianza sorprendente con la potencia comunista, la URSS de Stalin. En ese tiempo se forjaron aspiraciones democráticas que tuvieron una influencia importante en la política de la región. En El Salvador, sobresalió la oposición generalizada a la dictadura de Hernández Martínez, en la que participó la primera generación de militares profesionales e intervino el representante de la Casa Blanca en el país.

El segundo momento siguió los dictados de la Guerra Fría y el oleaje anticomunista precedente de Washington. Allí estaba causando furor la investigación sobre todos los indicios de izquierdismo, fueran realistas o disparatados. En ese ambiente se inscribió la operación contra el gobierno de Guatemala, en 1954, que cambió el curso político regional e influyó en el pensamiento de los ejércitos centroamericanos.

El tercer momento estuvo moldeado por el reformismo anticomunista de la Alianza para el Progreso, formulado frente al empuje de la Revolución cubana y su impacto en América Latina. El gobierno salvadoreño adoptó los postulados de la Alianza con entusiasmo, quedándose corto en las reformas, pero favoreciendo una apertura política-electoral limitada, aunque transformadora.

Durante el tercer momento, El Salvador vivió hechos prometedores: la apertura política, por un lado, y el crecimiento económico, por otro. Este último tenía una de sus fuentes en el recién creado Mercado Común Centroamericano, y otra en la emigración masiva de

familias campesinas hacia Honduras. Cuando ambos aspectos entraron en crisis, Estados Unidos trató de evitar lo peor; en 1968, el presidente Johnson viajó a San Salvador para reunirse con sus colegas centroamericanos y ofrecerles medidas de alivio. Al final se impuso el escenario del desastre, a raíz de la decisión del alto mando salvadoreño de iniciar una guerra contra Honduras, en 1969. Y todos sus cálculos fallaron. En cierta forma, también los de Estados Unidos. Así acabó un período: el Mercado Común Centroamericano quedó paralizado, muchas de las familias salvadoreñas residentes en Honduras debieron regresar con pocas cosas en las manos, la ruta migratoria de salida se interrumpió y la apertura política fue sustituida, poco a poco, en el lapso de tres años, por el tránsito al autoritarismo de seguridad nacional.

El pensamiento militar mostró una subordinación al pensamiento dominante en Washington, no incondicional, sino, aunque parezcan términos contradictorios, autónoma. De esa manera, el alto mando político y militar condujo al país a una crisis histórica, apenas balbuceante en 1972, y plenamente instalada en 1977. Los espacios políticos, abiertos durante la década de 1960, se fueron cerrando con la complacencia de la Casa Blanca, entonces entusiasmada con el ataque a todas las señales de la izquierda, incluso a las aparentes.

Durante los tres momentos, el Ejército salvadoreño apareció como el aliado nacional más importante de la Casa Blanca, motivado por razones doctrinarias que se habían forjado desde el primer momento y en la mitad de la década de 1950. En todo el período y en la región, fue una de las instituciones más subordinadas a Washington, porque eso dictaba la visión doctrinaria salvadoreña, y no por veleidades antojadizas. También influyeron las dos operaciones más importantes emprendidas por los Estados Unidos en el continente (Guatemala, en 1954, y Cuba, en 1961), las cuales dependían del apoyo militar centroamericano. Medio siglo después, el Ejército salvadoreño parece seguir en ese lugar de fidelidad, pues es la única agrupación castrense de Latinoamérica que participa en la guerra de Iraq.

### Razones descubiertas

En la década de 1950, no solo la izquierda seguía con inquietud los acontecimientos guatemaltecos. También lo hacían los agentes de inteligencia, los militares y los funcionarios del gobierno de los Estados Unidos. Para ellos había un argumento definitivo: después de la Segunda Guerra Mundial, el mundo era el escenario de la lucha entre “el comunismo y la democracia”, entre la URSS y los Estados Unidos. Pero, en principio, esa no sería una “guerra caliente”.

En 1946, G. Kennan, uno de los creadores de la doctrina emergente, presentó los lineamientos de una nueva estrategia. Dado que la Unión Soviética es hostil, decía Kennan, la política estadounidense debía ser “de contención a largo plazo, paciente pero firme y vigilante”. Esa postura rechazaba, por una parte, el repliegue y, por otra, la guerra preventiva. Según sus argumentos, el conflicto sería prolongado, como una guerra, aunque no se emplearían las armas atómicas (las calientes), sino las convencionales (las frías). El 12 de marzo de 1947, el presidente Truman pronunció un discurso ante el Congreso con el nuevo planteamiento. Entonces, Estados Unidos contaba con la ventaja de las armas atómicas, pero esa situación cambió cuando la Unión Soviética explotó su primera bomba atómica, a fines de 1949. Otro hecho influyó en la lucha entre las dos potencias: la guerra de Corea, en junio de 1950. Esta guerra replanteó la doctrina, pues antes se había pensado solo en función de una guerra generalizada; ahora también debía considerarse el empleo de fuerzas convencionales en conflictos limitados, como el de Corea.

En febrero de 1950, el senador Joseph McCarthy emprendió su cruzada anticomunista. Durante las elecciones presidenciales de 1952, los republicanos atacaron la política exterior de su país, a la que responsabilizaron por la frustración y, según ellos, los fracasos en el mundo. El cargo de conspiración fue esgrimido por McCarthy: los avances de la URSS se debían a que los líderes de la administración y el Departamento de Estado habían diseñado políticas para favorecer a los comunistas. Casi al mismo

tiempo, el Gobierno emitió el Informe 68 del Consejo Nacional de Seguridad, el cual defendía “la intensificación de medidas convenientes y positivas, así como operaciones encubiertas, en el ámbito de la guerra económica, política y psicológica, con el fin de apoyar y fomentar el descontento y las revueltas en determinados países satélites estratégicos”<sup>1</sup>. Si el documento no llegó a aplicarse, sirvió para alentar a la CIA a nuevas operaciones. Eisenhower tomó posesión el 20 de enero de 1953 y designó director de la CIA a Allen Dulles, especialista en operaciones clandestinas. La política de Estados Unidos se volvió anticomunista: la expansión de cualquier miembro del bloque chino-soviético tendría que impedirse. Todos los Estados comunistas se consideraban ahora enemigos, fueran grandes o pequeños, ubicados estratégicamente o no, vinculados a Moscú como satélites o como Estados nacionalistas comunistas (por ejemplo, Yugoslavia y China) que enfrentarían a la URSS<sup>2</sup>.

Mientras Stalin, desde Moscú, forzaba el tránsito de los gobiernos pluripartidistas bajo su influencia, en la Europa oriental, hacia los dominados por los partidos comunistas, Eisenhower, desde Washington, impulsaba operaciones encubiertas que habían resultado exitosas en Irán para instalar a un gobierno “amigo”.

### Objetivo: Guatemala

Ese fondo estratégico fue decisivo en el derrocamiento del gobierno de Arbenz y el final de la revolución guatemalteca (1944-1954). Con base en la pasividad del Ejército de ese país y la complicidad de los gobiernos centroamericanos, la operación desestabilizadora impulsada por Estados Unidos tuvo éxito; el

factor principal había sido el despliegue de un amplio menú de operaciones por la CIA.

Uno de los primeros campos de batalla fue el de los organismos internacionales. Desde 1950, Guatemala era tema de debates en esos organismos. A raíz de una solicitud de Estados Unidos, presentada el 20 de diciembre de 1950, la Organización de Estados Americanos fijó el 26 de marzo de 1951 para una reunión de cancilleres. La agenda comenzaba así: “Cooperación política y militar para la defensa de América y para prevenir y rechazar la agresión, de acuerdo con los convenios interamericanos y con la carta de las Naciones Unidas y las

resoluciones de dicha organización”<sup>3</sup>. Y hubo más eventos con propósitos similares. La cuarta reunión de consulta de cancilleres americanos, realizada en 1951, tendría una agenda significativa: el primero de sus puntos era la cooperación

política y militar para la defensa de América y para prevenir y rechazar la agresión; el segundo, el fortalecimiento de la seguridad interna de las repúblicas americanas.

En El Salvador, el Gobierno presidido por el coronel Óscar Osorio daba muestras de sintonizarse con los nuevos dictados de Washington. Tal vez el momento clave de su viraje fue 1952. Ese año se celebraron elecciones municipales, sin que se reportara ni una sola victoria opositora. En septiembre, el Gobierno decretó el estado de sitio; el viernes 26, a las 7 de la noche, el presidente Osorio dio una explicación sorprendente, al denunciar una conspiración formidable y doble: el Gobierno había conocido una maniobra roja “que habían proyectado para cuando fracasara el complot reaccionario que acaba de abortar, complot que les era conocido”. El mismo día,

**La acción contra Guatemala dejó varias lecciones. Una de ellas es la del poder inexorable que han tenido las acciones encubiertas, decididas en Washington, sobre la política centroamericana.**

1. Jeffrey-Jones, R., *Historia de los servicios secretos norteamericanos*, Barcelona: Paidós, 2004, p. 213.

2. Spanier, J., *La política exterior norteamericana a partir de la Segunda Guerra Mundial*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1991.

3. Ministerio de Relaciones Exteriores, *Guatemala ante América. La verdad sobre la cuarta reunión de consulta de cancilleres americanos*, Guatemala: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1951, p. 25.

la Asamblea Legislativa suspendió las garantías constitucionales, sosteniendo que el país enfrentaba “el más real y grande peligro que le haya podido amenazar en muchos años; estando en juego no solamente la estabilidad del Gobierno, sino la misma vida de las instituciones nacionales”. Las pruebas de la “conspiración reaccionaria”, sin embargo, eran un poco débiles: dos cadetes que cursaban el último año en la Escuela Militar. El mismo día del discurso presidencial comenzó la captura de los opositores conocidos, en especial los de izquierda<sup>4</sup>. El Gobierno salvadoreño parecía comprometido en limpiar los eventuales focos nacionales de apoyo a la acosada revolución guatemalteca.

Más tarde, el alineamiento salvadoreño contra Guatemala fue más abierto. En mayo de 1953 se celebró una conferencia de cancilleres de la Organización de Estados Centroamericanos (Odeca); entonces, el Gobierno salvadoreño pidió que la reunión abordara un asunto: “contrarrestar la acción subversiva del comunismo internacional”. El 4 de abril, Guatemala denunció la carta de San Salvador y se retiró de la Odeca. En la denuncia, el canciller Raúl Osegueda, de Guatemala, aludió a informaciones de prensa según las cuales El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá habían suscrito un pacto político-militar, con el pretexto de contrarrestar el comunismo, que servía para constituir “un bloque agresivo contra nuestro país”<sup>5</sup>. Según el canciller guatemalteco, El Salvador, “naturalmente sin proponérselo”, coincidía con la oposición reaccionaria de Guatemala y “con el pretexto de los círculos internacionales que preparan y provocan una intervención en los asuntos internos de nuestro país”<sup>6</sup>. Tal vez porque quería encontrar como aliado a un

gobierno que se declaraba revolucionario, el canciller guatemalteco no dijo lo que sabía. Para entonces, el presidente Osorio y su Ministro de Relaciones Exteriores no actuaban con inocencia.

Ante la avalancha de gestiones diplomáticas interesadas y con intereses ocultos, el 1 de abril de 1953, Guatemala denunció ante la ONU y el Consejo de Seguridad las amenazas de intervención. Cuando se puso en marcha el plan de Washington, denominado Pbsuccess, los gobiernos de El Salvador, Honduras y Nicaragua estaban alineados con el complot de la Casa Blanca. San Salvador era, desde hacía tiempo, un hervidero de conspiraciones contra Arbenz. Desde el 31 de marzo de 1952, Castillo Armas e Idígoras Fuentes habían suscrito el acuerdo para realizar el golpe contra el gobierno de Guatemala. Las negociaciones las realizaron en San Salvador<sup>7</sup>. Una reunión de ese tipo era improbable que se celebrara sin el consentimiento del Presidente. De acuerdo a los documentos que se pueden consultar ahora, parece obvio que el Gobierno salvadoreño estaba comprometido en desempeñarse como una pieza del ajedrez político y diplomático contra Guatemala. Pbsuccess menciona hechos clave; el Gobierno salvadoreño tenía dos preocupaciones: una se refería a la necesidad de que hubiera un plan amplio de cooperación de Estados Unidos; otra, la expectativa ante el probable envalentonamiento de los ejércitos de Guatemala y Nicaragua después de haber derrocado a Arbenz<sup>8</sup>. Los reparos no impidieron la complicidad con la intervención militar contra Guatemala y la reubicación en la situación regional, luego del triunfo de la “invasión liberacionista” procedente de Honduras.

4. Turcios, R., *Autoritarismo y modernización. El Salvador 1950-1960*, San Salvador: DPI, 2003, pp. 72 y ss.
5. *Denuncia de Guatemala de la Carta de San Salvador y retiro de la Organización de Estados Centroamericanos*, San Salvador: Imprenta Nacional, 1953, p. 4.
6. *Ibidem*.
7. Villagrán Kramer, F., *Biografía política de Guatemala: los pactos políticos de 1944 a 1970*, Guatemala: Flacso, 1993, pp. 105 y ss.
8. Cullather, N., *Operation Pbsuccess: The United States and Guatemala, 1952-1954*, Washington D. C.: Center for the Study of Intelligence, CIA, 1994. Disponible en <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/ciacase/EXE.pdf>.

### Lecciones de una intervención

La acción contra Guatemala dejó varias lecciones. Una de ellas es la del poder inexorable que han tenido las acciones encubiertas, decididas en Washington, sobre la política centroamericana. La de 1954 cambió el panorama regional, consolidando el lugar de Somoza y poniendo en línea al gobierno y al ejército salvadoreños, los cuales se plegaron, no incondicionalmente, pero sí con pocas condiciones, a las decisiones de Washington.

El rol salvadoreño en la operación contra Guatemala puede verse como el inicio de una postura doctrinaria, política y militar de subordinación a las decisiones de los Estados Unidos. El coronel Osorio actuó como un aliado dispuesto a desempeñar, principalmente, papeles políticos, diplomáticos y de retaguardia en apoyo al derrocamiento de Arbenz. Todo eso sin aparecer abiertamente como un aliado de Somoza y Castillo Armas ni comprometerse en las operaciones militares que se organizaron en Honduras. Además, la evolución política interna de El Salvador habría estado condicionada por los acontecimientos que ocurrían en Guatemala. Así, la ola represiva de septiembre de 1952, en San Salvador, pudo deberse más al intento de aplacar, antes de su estallido, un probable movimiento de apoyo a Arbenz que a necesidades de control interno.

Por otro lado, y en segundo lugar, en ese tiempo los Estados Unidos concedieron un lugar prioritario a Centroamérica para la implementación de sus estrategias en el continente. Después de la Segunda Guerra Mundial, fue en Centroamérica donde se realizó la primera operación extraordinaria en América Latina, la cual tenía que ver con la doctrina imperante en la Casa Blanca, dominada por el análisis de los adversarios considerados más peligrosos según los criterios de los manuales. Guatemala ocupaba el primer lugar de los blancos de ataque, y allí se puso en práctica una modalidad de acción que ya se había realizado en Irán. La operación resultó exitosa, pues consiguió el derrocamiento de Arbenz. En cambio, el país quedó lejos de la estabilidad política y más aún de las prácticas democráticas.

En tercer lugar, al calor del anticomunismo dominante en Washington se creó un argumento ideológico idóneo para la subordinación nacional. Era la noción de un enemigo poderoso que trataba de extender sus dominios al traspaso de la potencia amiga. Guatemala no representaba ningún peligro para los Estados Unidos, pero tenía todos los ingredientes para parecerlo. A los gobiernos del área, como el salvadoreño, aquello significaba la necesidad de adoptar una decisión definitiva entre el desafío y la subordinación a Washington. Sobre esa base se crearía la visión reformista y anticomunista que se impulsaría en la década siguiente.

### Subordinación II

La ley de hierro, que manejaba el autoritarismo en un lado y la reforma en el otro, adoptó matices nuevos después de la segunda gran acción de los Estados Unidos en Latinoamérica durante la posguerra. Otra vez Centroamérica ocupó un lugar decisivo cuando Estados Unidos se lanzó contra Cuba, en 1961. Tuvo tal importancia aquella operación que estuvo a centímetros de provocar un enfrentamiento nuclear entre las dos superpotencias.

Cuba fue el campo de batalla, mientras la plataforma de lanzamiento de la operación estuvo en Centroamérica. Con base en el éxito de Guatemala, los estrategas de Washington decidieron iniciar operaciones, en el momento que Eisenhower pasaba el mando presidencial a Kennedy. Esta vez, Guatemala fue una de las bases de preparación; la otra fue Nicaragua. Mientras en El Salvador ocurría una transición política coincidente con el espíritu dominante en Washington.

A raíz de un golpe de Estado, en octubre de 1960, en el país se había producido el fin del régimen prudista, fundado por el coronel Óscar Osorio. La Junta de Gobierno triunfante hizo dos apuestas inéditas: educación y elecciones libres, sin partido oficial. Ambas quedaron en los primeros pasos, porque el 25 de enero de 1961, tres meses después de haber comenzado, la Junta fue derrocada por otro golpe de Estado que colocó en el poder al Directorio Cívico Militar. Si la Junta había

sido comedida con las propuestas de reformas sociales, el Directorio no tuvo reparos en prometerlas, pero hacía a un lado las apuestas políticas formuladas antes. A los pocos días, el nuevo grupo estaba enfrascado en la creación de otro partido oficial y en la realización de elecciones al viejo estilo.

La Junta de octubre inició su mandato sacando a los prisioneros políticos de las cárceles y permitiendo el retorno de los exiliados; el Directorio de enero comenzaba en el polo opuesto: capturando opositores y enviándolos fuera del país. Esa actitud estaba en sintonía con las expectativas y las acciones de los centros de poder en Washington. Allá, desde mediados de 1960, existían operaciones con el objetivo de asesinar a Fidel Castro, como parte de un plan general contra el gobierno cubano<sup>9</sup>.

Después de su elección, Kennedy recibió los informes sobre las operaciones en marcha, las cuales no estaban lejos de sus propios planteamientos de campaña. “Estaba muy impresionado y le manifestó al jefe de la CIA, Allen Dulles, que podía continuar con el proyecto aunque, según Arthur Schlesinger Jr., también manifestó que tenía grandes dudas sobre él”. De esa forma, dice el historiador Donald Kagan, “Kennedy, al estilo de Hamlet, estimuló aquello de lo que, en realidad, desconfiaba, quizás atrapado ya en el dilema entre la política que había preconizado en campaña y la que consideraba adecuada”<sup>10</sup>. En abril de 1961 se produjo el intento de invasión a la

**Es indudable que las acciones promovidas por la Casa Blanca contra el Gobierno cubano causaban impactos directos en la política centroamericana, en los partidos, en las organizaciones sociales y, sobre todo, en las filas castrenses.**

isla. De esos afanes desestabilizadores estaban enterados los líderes militares de El Salvador, quienes, con base en tales informaciones, modulaban sus actuaciones políticas internas. La operación se preparaba sin discreción en Guatemala y Nicaragua, donde corrían versiones de todo tipo sobre el cambio inminente. La presencia de los cubanos en su territorio había sido aprobada por el presidente guatemalteco Ydígoras Fuentes, quien había destacado una unidad del Ejército para protegerla de curiosos, de acuerdo con Francisco Villagrán K.

Las noticias, sin embargo, se extendieron. “A niveles militares el conocimiento se extendió mucho más, tanto en razón de los servicios de inteligencia como por la cooperación que el ejército de Guatemala le brindaba a dicha operación encubierta. Esto último no dejó de

convertirse en un factor de irritación a nivel de la oficialidad más joven”<sup>11</sup>. Lo fue más todavía con el alzamiento militar del 13 de noviembre de 1960 —en el cual participaron el capitán Marco Antonio Yon Sosa, y los tenientes Luis Turcios Lima y Luis Trejo—, pues “entre los

alzados se comenzó a señalar el papel que el ejército jugaba protegiendo y encubriendo el entrenamiento de contingentes cubanos anticastristas y lo que ello implicaba a la luz de la experiencia de 1954”<sup>12</sup>. Más tarde, el presidente Ydígoras explicaría que el apoyo de su gobierno a los anticastristas “había sido a cambio del apoyo que el gobierno de Estados Unidos le brindaría a fin de resolver la centenaria con-

9. Rorabaugh, W. J., *Kennedy y el sueño de los sesenta*, Barcelona: Paidós, 2005, p. 59. A mediados de 1960, sostiene Rorabaugh: “Antes de que Kennedy fuera presidente, la CIA ya había decidido matar a Castro. El asesinato pasó a formar parte del plan invasor de bahía de Cochinos. El líder cubano moriría antes de que se hubiera completado la invasión de la playa. La supervivencia de Castro puede explicar el rechazo de Kennedy a utilizar la fuerza aérea estadounidense para proteger a la brigada de exiliados, puesto que el plan global ya había fracasado”.
10. Kagan, D., *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*, Madrid: Turner-Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 406.
11. Villagrán Kramer, F., *Biografía política de Guatemala*, *óp. cit.*, p. 350.
12. *Ibíd.*, p. 351.

troveria sobre Belice con el Reino Unido de la Gran Bretaña, lo que subsiguientemente negó el presidente John F. Kennedy”<sup>13</sup>.

Si los militares jóvenes de Guatemala estaban irritados por la presencia extranjera y la complicidad gubernamental, también podían encontrarse alentados por el cambio político operado en El Salvador, a raíz del golpe de Estado de octubre. Unos y otros, los golpistas que en octubre habían tenido éxito en El Salvador, y los que habían fallado en noviembre en Guatemala, se encontraban en una situación geopolítica agitada. En el mismo caso estaban los jefes del golpe de enero de 1961, con una parte de sus miradas puestas en las previsibles acciones del Gobierno de los Estados Unidos contra Cuba. No eran los únicos; las cancillerías, los estados mayores y las oficinas presidenciales seguían pendientes del desenlace próximo en Cuba.

La presencia de los cubanos en Guatemala era del dominio público. *Opinión Estudiantil*, el periódico de los estudiantes universitarios, en marzo de 1961, presentaba un análisis sobre el golpe de Estado ocurrido en enero de ese año en El Salvador<sup>14</sup>. Sostenía que los agentes de inteligencia de los Estados Unidos en El Salvador coordinaron el golpe del Directorio, contando con la ayuda de la misión militar, la embajada de su país y el “grupo de cubanos batistianos que opera en San Salvador, cuyo punto de contacto es el negocio Pollos Real y cuyo cuartel general está en uno de los apartamentos del edificio del Banco Salvadoreño”. Agregaba que al Directorio también le había servido el Gobierno guatemalteco y “las tropas mercenarias que entrenan los norteamericanos en Guatemala para invadir a Cuba”<sup>15</sup>. Eso decía el periódico de los estudiantes universitarios en marzo; parecía una alarma extremista, pero según se vio después, estaba cerca de la verdad. Aseguraba además que el Gobierno de

Guatemala había intervenido en el golpe que derrocó a la Junta de Gobierno, movilizándolo a la frontera a los cubanos, entregando bombas a las tropas del Directorio<sup>16</sup> y el dinero a los involucrados<sup>17</sup>. Es indudable que las acciones promovidas por la Casa Blanca contra el Gobierno cubano causaban impactos directos en la política centroamericana, en los partidos, en las organizaciones sociales y, sobre todo, en las filas castrenses.

El 17 de abril fue el día “D”. Conforme se realizaba la operación esperada aparecía una gran sorpresa: los dirigentes cubanos, jóvenes y barbudos, obtenían una victoria aplastante sobre la poderosa Casa Blanca. Al también joven presidente Kennedy le costaría procesar aquella derrota. Asumía en público su responsabilidad, y en privado la descargaba sobre la administración anterior y las agencias de inteligencia, en especial sobre la CIA. La invasión y su desenlace le echarían gasolina al conflicto regional. La mayor parte de los debates tendía a girar en torno a las posturas respecto a Cuba y, como consecuencia, a las declaraciones anticomunistas. El golpe de enero de 1961 estaba metido de lleno en esa polémica. Por eso mismo, es necesario ver la evolución de los hechos políticos nacionales a la luz de lo que sucedía en el continente y de las operaciones de los Estados Unidos.

Después de la fracasada invasión, el presidente Kennedy se anotó un punto contra la URSS, al conseguir el desmantelamiento de las bases de misiles establecidas en Cuba. Del fracaso, de su recomposición en la crisis de los misiles, a raíz de la cual tuvo que aceptar, sin embargo, que no atacaría a Cuba, y del desafío que planteaba la Revolución cubana salió una nueva propuesta para América Latina, la que tendría un nombre prometedor: Alianza para el Progreso. En un cónclave continental, Kennedy presentó los lineamientos de su pro-

13. *Ibid.*, p. 349.

14. “El cuartelazo del 25 de enero fue un golpe made in USA”, *Opinión Estudiantil*, 11 de marzo de 1961, p. 1.

15. “Detestable intervención de Estados Unidos, de Ydígoras Fuentes y cubanos batistianos”, *Opinión Estudiantil*, 11 de marzo de 1961, p. 2.

16. “Acción militar hasta hoy desconocida...”, *Opinión Estudiantil*, 11 de marzo de 1961, p. 4.

17. “Dinero extranjero para el golpe...”, *Opinión Estudiantil*, 11 de marzo de 1961, p. 3.



puesta, su naturaleza reformista y las cifras de los millones de dólares que se desembolsarían. En aquella ocasión hubo una advertencia crítica, la pronunció quien, en Guatemala, había sido un joven médico atento a la evolución de los acontecimientos; ahora era un comandante revolucionario, conocido por su nombre corto: Che.

En Punta del Este, Uruguay, Guevara dijo: “Todo lo que se promete tiene una única razón: la Revolución cubana. La ayuda económica ofrecida por Estados Unidos, en primer lugar, es del todo insuficiente para conseguir las metas que se propone el programa; en segundo lugar, no es otra cosa que un regalo de Cuba, porque no existiría sin ella”. Además, agregó: “Calculando que el proceso de desarrollo de los países industriales se mantuviera en la misma proporción, los subdesarrollados tardarían 500 años en alcanzar la misma tasa por habitante de los países desarrollados [...] Cuba, aun manifestando su simpatía por una gran parte de las aspiraciones de esta Carta de Punta del Este, lamenta no estar en condiciones de firmarla”<sup>18</sup>.

En El Salvador, el partido oficial, organizado después del golpe de enero; su líder, el coronel Julio Adalberto Rivera; y el gobierno, formado luego de unas elecciones en las que no hubo competencia, estaban entusiasmados con la Alianza para el Progreso (Alpro). Cuando ya había cumplido el primer año de su mandato, el coronel Rivera acudió a un evento excepcional. Era un seminario organizado en San Salvador por el Gobierno y la Alpro para hablar de reformas (como la agraria) y de la planificación económica. Todos los hombres de buena voluntad, dijo Rivera en el discurso inaugural, pronunciado el 12 de agosto de 1963, “deben convenir en que es justo poner los beneficios del progreso económico a disposición de todos los sectores

sociales, mediante una distribución más equitativa del ingreso, y en que una política tributaria adecuada es un medio racional y justo para conseguir tal propósito”<sup>19</sup>. Académicos, empresarios, sindicalistas y políticos estaban en el seminario. Ante ese público, Rivera presentó un argumento atrevido. Sostuvo que los objetivos de la Alpro eran tan adecuados a la realidad salvadoreña que, “sin perjuicio de discutir cuáles son los medios más indicados para realizarlos, nadie puede negar su validez intrínseca”. Nadie puede, agregó, “creer que sea erróneo acelerar el desarrollo económico y social”, ejecutar programas de vivienda en la ciudad y en el campo, “o impulsar programas integrales de reforma agraria, mediante crédito oportuno y adecuado, asistencia técnica, valorización y comercialización de los productos de la tierra, para dar estabilidad y prosperidad al hombre que trabaja en el campo”<sup>20</sup>. El pronunciamiento era una generalidad, pero en el medio salvadoreño tocaba un tabú al hablar de reforma agraria.

### Apertura

El presidente de El Salvador, dicen R. Armstrong y J. Rubin, “era el socio perfecto en esta nueva alianza con los Estados Unidos. El coronel Julio Rivera, líder del golpe que instaló al Directorio [...] era] vigoroso, encantador y carismático. Era John F. Kennedy a lo latino y en uniforme, paseando por el campo en motocicleta, inaugurando escuelas y proyectos de irrigación, y esparciendo esperanzas a los pobres del área rural”<sup>21</sup>. El gobierno de Rivera (1962-1967) sostuvo el discurso aliancista, aunque la reforma agraria, que entonces era vista como una decisión crucial, no se puso en práctica. En cambio, sí adoptó una apertura política extraordinaria. En 1964 se celebraron elecciones, con participación de partidos opositores y, lo más importante, bajo el sis-

18. De Irazazábal, P. J., “Kennedy y la Alianza para el Progreso”. En Vives Azancot, P. A. et. ál., *La era Kennedy*, Madrid: Historia 16, 1999, pp. 69 y ss.

19. “Discurso pronunciado por el Tte. Cnel. Julio A. Rivera”. En Organización de los Estados Americanos, *Discursos*, San Salvador: Alianza para el Progreso, OEA, 1963, p. 4.

20. *Ibidem*.

21. Armstrong, R. y Rubin, J. S., *El Salvador: el rostro de la revolución*, San Salvador: UCA Editores, 1983, p. 50.

tema de representación proporcional para las legislativas. Un editorial de *La Prensa Gráfica* advertía sobre la necesidad de que las próximas elecciones fuesen totalmente libres. “Y cuando decimos totalmente libres, queremos significar el abandono absoluto de prácticas viciadas y viciosas, por parte de los poderes públicos. Porque, digámoslo con suficiente claridad: el poder público, entre nosotros, ha desnaturalizado el proceso de las elecciones en una inmensa mayoría de casos”. El editorial recordaba que “la maquinaria del gobierno” se ponía “en marcha de aceleración” desde antes del inicio de las campañas electorales, “a fin de hostigar, amedrentar o anular todo esfuerzo de los partidos políticos de oposición”<sup>22</sup>.

Tres agrupaciones participaron en las elecciones del 8 de marzo de 1964: el gobiernista Partido de Conciliación Nacional (PCN), el joven Partido Demócrata Cristiano (PDC), fundado en 1961, y el Partido de Acción Renovadora (PAR), el más antiguo del país y apegado a la tradición liberal. El resultado daba razones para el asombro, pues se formaría un cuerpo de diputados con 32 miembros del PCN, 14 del PDC y 6 del PAR. ¡Veinte plazas para la oposición, cuando la costumbre era la de los asientos completos para el partido oficial! Con todo y las costumbres fraudulentas que se pusieron en práctica, especialmente en el interior del país, la oposición sería una minoría significativa en la Asamblea. Además, el PDC había triunfado en la capital y el departamento de San Salvador. Los resultados también mostraban que la apatía se había mantenido, pues el total de los votos válidos representaba un 28% del registro electoral<sup>23</sup>.

Tanto significó el resultado que los activistas del partido oficial estaban molestos, obligando a reuniones extraordinarias con sus dirigentes. La reforma política se mantuvo, pues tenía

entonces una base económica que le resultaba funcional. Mientras la población campesina falta de empleo y de tierras emigraba hacia Honduras, la pujante producción industrial contaba con un mercado ampliado, en virtud de los acuerdos de integración centroamericana.

### Subordinación III

Quién sabe cuál fue el hecho decisivo que condujo al viraje, pero a mediados de 1967, un poco después de las elecciones y unos días antes del traspaso de la presidencia, la relación entre Honduras y El Salvador presentaba características explosivas. Para entonces ya era indiscutible la gravedad de los acontecimientos y la formación de una crisis. Los incidentes cotidianos en la franja fronteriza habían obligado a la creación de una comisión especial investigadora. Un grupo salvadoreño, encabezado por el alcalde de Polorós, había capturado a Antonio Martínez Argueta y a tres personas más. Eso sucedió el 25 de mayo. Dos días antes, el 23, una patrulla del Cuerpo Especial de Seguridad de Honduras capturó a tres salvadoreños en el cantón Lajitas. El alcalde de Polorós explicó que la primera de las acciones mencionadas tenía el propósito de buscar a los capturados en la operación del 23 de mayo<sup>24</sup>. Sin embargo, la captura de Martínez Argueta había ocurrido en territorio hondureño, y la razón esgrimida parecía, por lo menos, extemporánea: las autoridades alegaron que estaba acusado de un asesinato cometido seis años antes. Según como estaban las cosas entre los dos países, quedaba claro que la captura no era una decisión del concejo municipal de Polorós; era un acontecimiento premeditado que buscaba influir en las negociaciones en curso entre los dos países. No obstante, como si aquello no fuera suficiente, el 7 de junio se supo que un contingente militar de El Sal-

22. “Editorial”, *La Prensa Gráfica*, 22 de octubre de 1963.

23. Domínguez, C. A., “Resultados electorales”. En *Datos para una biografía del ex presidente de la República Julio Adalberto Rivera*, San Salvador, 1998, p. 229.

24. Elvir Sierra, C., “Informe de la Comisión Mixta de Investigación de El Salvador y Honduras, 1967”. En *El Salvador-Estados Unidos-Honduras: la gran conspiración del gobierno salvadoreño para la guerra de 1969. La historia militar y diplomática de la guerra de las 100 horas de 1969*, Tegucigalpa: Litografía López, 2002, pp. 387 y ss.

vador, con su armamento y equipo de transporte, estaba preso en Honduras. Entonces quedó claro que la raya donde terminaba el tratamiento tradicional de las tensiones había sido rebasada.

Por razones misteriosas, dos oficiales y 41 soldados salvadoreños, que se transportaban en cuatro camiones, atravesaron veloces, a medianoche, la línea fronteriza sin hacerle caso a las señales de advertencia, con luces y sonidos, que les lanzaban los sorprendidos encargados de la aduana. Siguieron internándose por varios minutos en territorio hondureño hasta llegar a Nueva Ocotepeque, donde estacionaron el convoy. Allí se convirtieron en prisioneros sin ningún intercambio previo de disparos. El Ministerio de Defensa emitió un comunicado para explicar aquella incursión extraña realizada cuando había una situación tensa. En vista del servicio de alerta —sostenía el comunicado—, se dispuso la vigilancia de la carretera que del límite fronterizo (El Poy) conduce al interior del país, y el 5 de junio se encargó la misión a los subtenientes Eric Mauricio Sosa e Inocente Orlando Montano. El oficial responsable, el subteniente Sosa, “por razones hasta ahora desconocidas, sobrepasó con su tropa el límite fronterizo hasta Nueva Ocotepeque”<sup>25</sup>. “Los soldados que hoy a las cero horas fueron capturados en Ocotepeque iban dormidos”, decía la primera frase del breve despacho enviado por Fuentes Cortez, corresponsal en Citalá<sup>26</sup>. “Los bellos durmientes de Nueva Ocotepeque” fue el irónico titular que Ricardo Dueñas le puso a un artículo de opinión. “Ya nada se puede tomar en serio en estas tierras de Dios o de su contraparte”, escribió Dueñas. Se está haciendo política, agregaba, “y provocando conflictos inter-centroamericanos... con criterio de comedia”. Los soldados y los dos oficiales enviados a la frontera en misión de vigilancia “se quedaron tranquila y bellamente dormidos en sus camiones”<sup>27</sup>.

Tras las peligrosas aventuras y las discrepancias entre los dos Gobiernos estaba, sobre todo, la presencia en Honduras de miles de familias salvadoreñas, así como los acuerdos migratorios binacionales. Esos dos asuntos, junto a la delimitación de la línea fronteriza, eran decisivos; quizás, las principales causas de las discordias. Para Honduras el origen de los problemas era la minoría salvadoreña en su territorio; para El Salvador la causa principal era, en cambio, la falta de una normativa legal que garantizara la estadia de sus nacionales en el país vecino. Fuera por incompetencia, incomunicación o por conspiraciones en marcha, el hecho es que la relación entre los dos países estaba en crisis. Más complicaciones llegaron con la aplicación de la reforma agraria en Honduras. El gobierno del general López Arellano la puso en práctica con base en una ley aprobada en 1962, durante el gobierno presidido por Villeda Morales, que replanteaba la relación con el país vecino. La ley excluía de sus beneficios a los extranjeros; solo los hondureños podían acceder a las tierras de la reforma, que eran las nacionales y las de los latifundios. En tal caso, las familias salvadoreñas que ocupaban esas tierras quedaban expuestas al desalojo. Y desde 1967 hubo señales de la disposición gubernamental para aplicar la ley.

Rivera entregó el mando presidencial a su sucesor el 1 de julio de 1967. Le dejaba una situación descompuesta en el plano nacional y, también, en el centroamericano. Veinte días antes, los maestros de San Salvador se habían manifestado en el centro de la capital exigiendo la aprobación de medidas favorables a un sistema de seguridad social para el sector. En un martes 13, del mes de junio, había aparecido otra información, indicando la disposición a una huelga general de los motoristas de buses de San Salvador, en protesta por el despido de varios de sus compañeros de las rutas 8, 27 y 101.

25. “Comunicado del Ministerio de Defensa”, *El Diario de Hoy*, 7 de junio de 1967, p. 3.

26. “Soldados nacionales capturados en Honduras”, *El Diario de Hoy*, 7 de junio de 1967, p. 3. El despacho del corresponsal Fuentes Cortez forma parte de esa nota y aparece en la página 37.

27. Dueñas, R., “Los bellos durmientes de Nueva Ocotepeque”, *El Diario de Hoy*, 9 de junio de 1967, pp. 6 y 47.

El problema principal, sin embargo, estaba en la relación binacional. Había otros problemas internos que no eran ligeros, pero el principal se ubicaba, sin duda, entre los dos países. A las turbulencias conspirativas, con amenazas militares de por medio, se sumaba una complejidad enraizada en la evolución histórica de El Salvador y Honduras. El flujo migratorio salvadoreño hacia Honduras tenía varias causas, entre ellas la falta de empleo rural y la situación agraria, polarizada entre el latifundio y el minifundio. Por algo el debate más encendido en El Salvador, durante la campaña presidencial reciente, en el primer trimestre de 1967, había girado en torno a la reforma agraria. Antes, el discurso gubernamental había hablado de ella, cuando era vigoroso el apego a las promesas reformistas del Directorio Cívico Militar y, en especial, a las de la Alianza para el Progreso.

Faltaba un componente a la situación de crisis. Procedía del Mercado Común Centroamericano. En ese ámbito, Honduras presentaba objeciones al curso de la integración. Alertados por el déficit comercial, los funcionarios hondureños exigían la revisión de los acuerdos y el establecimiento de una situación especial para su país. No estaban solos, pues Nicaragua respaldaba sus peticiones. Si el Mercado Común mostraba discrepancias fundamentales y la relación binacional transitaba hacia los incidentes militares, las bases de la modernización estatal y de la apertura política salvadoreñas estaban en aprietos.

Fidel Sánchez Hernández parecía un tipo con experiencia política, militar y diplomática para desmontar el conflicto con el país vecino. Era coronel, había dirigido durante cuatro años el Ministerio del Interior (1962-1966) y, antes, había estado en la Escuela de Armas Blindadas, en Fort Knox, Estados Unidos; también en Corea, como delegado ante la Comisión de Naciones Unidas; después en la Escuela de

Estado Mayor de Madrid, entre 1951 y 1954; y más tarde en la embajada ante el Gobierno francés, como agregado militar. De 1958 a 1960 se había desempeñado como jefe militar en San Miguel, de donde pasó a la embajada en Washington, de nuevo como agregado militar, y a la Junta Interamericana de Defensa<sup>28</sup>. Tenía, pues, una trayectoria vinculada a los Estados Unidos. Sánchez Hernández inauguró su período presidencial, el sábado 1 de julio de 1967, iniciando el segundo gobierno del PCN con gestos de distensión hacia Honduras.

Fue hasta 1968 que la distensión parecía acercarse. Tuvo que llegar el presidente de los Estados Unidos para alentarla. La propició de tal manera que en los días de su visita se produjo la reconciliación. El Salvador dejó en libertad a Antonio Martínez Argueta, atropellando las disposiciones legales, según la opinión extendida entre los abogados, mientras Honduras hacía lo mismo con los oficiales y soldados capturados en Nueva Ocotepeque. Parecía que la discordia llegaba a su final. El 5 de julio, la Asamblea Legislativa aprobó la amnistía a Antonio Martínez Argueta, expresando que la situación crítica entre los dos países “podría derivar a un conflicto de desastrosas consecuencias”<sup>29</sup>. Casi de inmediato, el presidente hondureño, Oswaldo López Arellano, declaró que estaba dispuesto a ordenar la libertad de la tropa salvadoreña detenida en su país<sup>30</sup>.

Al llegar, el 6 de julio, Lyndon B. Johnson dejó claro cuál era el ánimo de su visita: venía a dar un empuje decidido a la integración regional. “He venido para aprender cómo podemos acelerar el progreso”, dijo. “He venido a preguntar, agregó, qué más podemos hacer conjuntamente [...] A la causa de la integración centroamericana mi gobierno le ha dado su apoyo sin reservas”<sup>31</sup>. El sábado 6, en una reunión de trabajo, sostuvo que Centroamérica le había dado un ejemplo al mundo. Pronunció, en esa ocasión, un elogio al Mercado

28. “Datos biográficos del Cnel. Sánchez Hernández”, *La Prensa Gráfica*, 1 de julio de 1967, p. 4.

29. “Asamblea da amnistía a Martínez Argueta”, *La Prensa Gráfica*, 6 de julio de 1968, pp. 2 y 46.

30. *La Prensa Gráfica*, 6 de julio de 1968, p. 1.

31. “Apoya progreso de C.A. Johnson”, *La Prensa Gráfica*, 7 de julio de 1968, p. 12.

Común, destacando que se registraba un 6% de crecimiento económico en la región y un aumento de casi siete veces en el comercio. Además, no olvidaba la asistencia propia, que, según declaró, desde 1961 hasta ese momento llegaba a 634 millones de dólares, y dos terceras partes de esa cantidad se había aprobado durante su administración. “Los efectos de lo que ustedes han hecho, agregó, se sentirán algún día hasta en la más remota montaña”<sup>32</sup>. Se sentirían, en efecto, pero por otras razones. En todo caso, la presencia de Johnson indicaba la importancia que concedía a la distensión regional, mientras sus palabras expresaban cierta satisfacción con los resultados de la modernización, la integración y el crecimiento, los cuales tenían una de sus fuentes de inspiración en la Alianza para el Progreso.

Así, disminuyó el ánimo bélico y aparecieron explicaciones inverosímiles que expresaban el pensamiento dominante entre los jefes militares. El coronel José Alberto Medrano, jefe de la plana mayor de la comandancia de la Fuerza Armada, volvió al manual: los responsables de los acontecimientos recientes, dijo, eran “políticos descontentos” que trataban de producir un conflicto militar para acusar, después, a la Fuerza Armada de “las desastrosas consecuencias de una lucha fratricida”. Eso no era posible, sin embargo, pues según el coronel, “la línea política general” en América Latina y en Centroamérica era la unidad del continente y el desarrollo económico social, a fin de “oponerse con éxito a cualquier agresión interna o externa del imperialismo comunista”. Después de descartar un enfrentamiento armado y de sostener que existía una diferencia diplomática, no militar, pasaba a sostener que políticos ignorantes “y, por supuesto, también los comunistas salvadoreños y hondureños, que tienen como consigna permanente la destrucción de las fuerzas armadas de sus res-

pectivos países, han tratado en vano de que se produzca un conflicto bélico entre El Salvador y Honduras para hacer recaer, luego, sobre los militares de uno y otro país la responsabilidad de las desastrosas consecuencias de una lucha fratricida”<sup>33</sup>. El coronel no explicó cómo encajaba un hecho decisivo, tal era el envío de tropa a Nueva Ocotepeque, en sus interpretaciones. No encajaban otros aspectos fundamentales, como la relación entre el enfoque del militar y la nueva realidad, pues, en efecto, el simple alineamiento continental y el anticomunismo no eran suficientes para tratar los nuevos problemas del desarrollo.

Entre los conocedores de la primera etapa del proceso integracionista estaba Jorge Sol Castellanos; él era uno de sus arquitectos. Él planteaba, hacia 1966, un tratamiento para las migraciones masivas, producidas en corto tiempo. Para ese asunto, decía, “no habrá otra salida que buscar una forma de cooperación de gobierno a gobierno, en virtud de la que, al producirse una inmigración masiva, el país del que ésta proviene ayude a sobrellevar los costos sociales al país de destino de la emigración”<sup>34</sup>. Además, en esa ocasión, cuando participaba en San Salvador en un curso sobre las problemáticas jurídicas e institucionales de la integración, reveló que ya se había hablado de “proyectos planificados de colonización”. Hay uno, dijo, en el valle del Río Aguán, con unas 200 mil hectáreas de tierra de aluvión de primera clase. “Sé —revelaba Sol Castellanos— que en alguna época se ha hablado de que parte de los costos de ese proyecto, que son bastante altos, fuesen sufragados por El Salvador, a condición de que Honduras acomodara allí a cierto número de familias salvadoreñas”. Agregó que también se había considerado un proyecto similar en Guatemala, conocido como Sebol-Xinajá, en el departamento de Alta Verapaz<sup>35</sup>.

32. “Johnson dice que C.A. ha dado ejemplo al mundo”, *La Prensa Gráfica*, 8 de julio de 1968, pp. 3, 35 y 51.

33. “Posición del ejército en el caso fronterizo”, *La Prensa Gráfica*, 27 de junio de 1967, p. 3.

34. Sol Castellanos, J., “Proceso de la integración económica centroamericana”, *Revista de la Integración Centroamericana*, 4, 1972, p. 94.

35. *Ibíd.*, p. 95.

Hacia una década que la estrategia salvadoreña de desarrollo tenía un pensamiento principal. Nadie lo expresó mejor que Sol Castellanos, quien había sido ministro de Economía en los inicios de la década de 1950. Para El Salvador, decía Sol Castellanos, el Mercado Común Centroamericano no es solo una integración económica: “Lo digo con toda franqueza, para El Salvador no es esto un ideal solamente; para nosotros es parte de nuestras necesidades vitales y económicas; El Salvador tendría grandes dificultades para subsistir con una economía suficientemente sólida, dentro de las limitaciones actuales de sus recursos y de sus mercados propios”<sup>36</sup>. Sostenía, además, que los países centroamericanos no podían desentenderse de ese problema, pues “si El Salvador va desarrollando condiciones de tipo explosivo, como las que se están gestando con esta excesiva concentración de población en un país básicamente agrícola, de continuar tal proceso, constituye un problema para los demás”<sup>37</sup>.

Honduras también trató de retomar las negociaciones sobre la corresponsabilidad ante el alud migratorio. Ofreció la alternativa del valle Sico Paulaya a la del Bajo Aguán, pero no encontró respuestas significativas. Con ese trasfondo, en el primer trimestre de 1969 están prendidas de nuevo las alarmas. Y, después, los encuentros futbolísticos se convertirían en la antesala de la guerra. El vigor rebelde que, en 1968, había sacudido a cuanto país del mundo occidental había encontrado a su paso, llegó a Tegucigalpa y San Salvador. También aquí evolucionó en dos etapas: primero fue la rebeldía sindical, universitaria, juvenil y docente; después vino la reacción, y ésta fue militar, bélica y estuvo llena de matonería nacionalista. Los encuentros de fútbol, que comenzaron el 8

de junio, en el estadio Morazán de Tegucigalpa, siguieron el 15 de ese mes, en el estadio Flor Blanca, de San Salvador, y terminaron en el estadio Azteca, de Ciudad de México, el viernes 27 de junio de 1969. Entonces apareció la fiebre nacionalista, y nadie parecía interesado en contenerla. Hasta los medios de comunicación se sumaron a la aventura, sin reservas ni sentido crítico. Pocos se libraron del vértigo que conmovió a los dos países y los deslizó por una pendiente donde no cabía la medida ni el entendimiento.

**A la luz de los hechos siguientes, la guerra contra Honduras fue una decisión equivocada que condujo a un fracaso, casi a un desastre, pues produjo lo que trataba de evitar. Después de los desfiles llegó el turno del realismo.**

Miércoles 6 de agosto de 1969. Durante los últimos días El Salvador sólo ha vivido en torno a un hecho: la guerra. Ahora el

pueblo se vuelca a las calles para recibir a los soldados que regresan del campo de batalla. En varias ciudades ocurren desfiles militares en medio del respaldo popular, pero el de la capital desborda cualquier cálculo previo. Una multitud aplaude a los soldados y los oficiales. Parece un acontecimiento extraordinario. Y, en efecto, lo es. Apenas habían pasado tres semanas desde el estallido de la guerra contra Honduras. Durante esa brevedad de tiempo aparecía una aglomeración de hechos fugaces y fundamentales: el ataque por tierra y por aire a Honduras el lunes 14 de julio; los combates; la ocupación de franjas del territorio vecino; la batalla diplomática en el seno de la OEA; la orden de cesar el fuego; el acatamiento; el desalojo, ante el riesgo de recibir la condena en el organismo hemisférico; y la proclamación de victoria. “Más de 500 mil ven el desfile”, es el titular de un periódico; “Medio millón aclama tropas victoriosas”, dice otro<sup>38</sup>. El cálculo similar pudo ser una casualidad, también una consecuencia de los despachos gubernamentales. Antes de la guerra, durante los combates y, luego, en el repliegue, los medios de comunicación, en general, no ofrecían versiones

36. *Ibid.*, p. 82.

37. *Ibid.*, p. 83.

38. *La Prensa Gráfica*, 7 de agosto de 1969; y *El Diario de Hoy*, 7 de agosto de 1969.

críticas, más bien servían como resonancia amplificadora de las posturas del Gobierno.

Cuando termina el “Desfile militar de la victoria”, el presidente, general Fidel Sánchez Hernández, se traslada al estadio Flor Blanca. Allí pronuncia su mensaje. “Si nosotros hubiéramos planificado operaciones de conquista territorial —dice—, en este instante, hoy, día del Salvador del Mundo, este discurso lo estaría diciendo el Presidente de la República en Tegucigalpa”. Antes ha rechazado la conquista territorial y ha proclamado, como razón de la guerra, la defensa de la dignidad humana, el uso de las armas en contra del “genocidio” que ha cometido el gobierno de Honduras al expulsar a la gente salvadoreña que vive y trabaja en el país vecino. Llega el momento del balance definitivo; entonces, el presidente Sánchez Hernández no tiene dudas, proclama la victoria. “¡Hemos triunfado!”, dice. “Tenemos la victoria demostrada en el campo militar. Desarticulamos y pusimos en fuga a las fuerzas que servían a un régimen que hace daño a Honduras”, declara<sup>39</sup>.

A pesar de tanta contundencia, había poca sustancia para una declaración de triunfo. Existían más razones para pensar lo contrario. Ocho días después, el Consejo de Ministros tomaría una decisión reveladora: la formación de un grupo de trabajo encargado del estudio de una reforma agraria. Atrás del acuerdo se encontraba un cambio profundo, ni más ni menos que el retorno forzoso de miles de personas dedicadas, en su mayoría, a labores agrícolas en Honduras. Por eso la reforma agraria que había recibido condenas dos años atrás, durante la campaña electoral, hoy era un asunto de Estado.

No debió pasar mucho tiempo después de la guerra para que emergiera una realidad cambiada. Y no para bien. Lo que un mes antes se presentaba como crisis pasajera fue convirtiéndose, poco a poco, en una crisis general. A la luz de los hechos siguientes, la guerra

contra Honduras fue una decisión equivocada que condujo a un fracaso, casi a un desastre, pues produjo lo que trataba de evitar. Después del desfile llegó el turno del realismo. Hacia el 14 de julio habían regresado unas 20 mil personas, pero en los días siguientes seguirían aumentando hasta llegar a ser unas 100 mil que retornaban sin nada de sus haberes o con muy pocas pertenencias. El país al que volvían —comenta Anderson— “difícilmente podría darles la bienvenida. Después de limpiar la basura y las flores marchitas de la marcha de la ‘victoria’, el pueblo comenzó a realizar que no había habido victoria y que el país había perdido mucho más de lo que había ganado en unas gloriosas pocas horas de combate”<sup>40</sup>.

El Salvador se encontraba ahora con los costos de la guerra, las fronteras cerradas, el Mercado Común paralizado y miles de familias retornadas a la fuerza. En lugar de la proclamada victoria había un panorama que cancelaba el modelo de crecimiento forjado desde la década anterior. Las lecturas tradicionales ya no servían para un panorama tan complejo. A mediados de 1972 llegaba a su fin la apertura encabezada por Rivera. El panorama político tenía dos aspectos notables: uno era la reorganización de las fuerzas políticas y sociales principales; otro, el viraje adoptado por la dirección gubernamental que cerraba la apertura de los ocho años anteriores. Para entonces estaban divididas la Iglesia católica, la Fuerza Armada, el bloque histórico de la derecha y también el de izquierda. En el bloque de las izquierdas se libraba un debate candente en torno a la lucha armada y a la formación de grupos guerrilleros.

Aquel 1972 fue un año memorable por la campaña, la elección presidencial, los resultados y el fraude. “El 20 de febrero hizo crisis el tímido ensayo democrático iniciado hace diez años por el gobierno pecenista”, declaró la Unión Nacional Opositora (UNO). La victoria popular —agregó— “obligó al gobierno a des-

39. *El Diario de Hoy*, 7 de agosto de 1969.

40. Anderson, T. P., *La guerra de los desposeídos. El Salvador-Honduras 1969*, San Salvador: UCA Editores, 1984, p. 147.

cubrirse públicamente y a demostrar que para él las elecciones no son la vía por la cual los salvadoreños escogen a sus gobernantes, sino que constituyen una amplia pantalla concebida solo para mantenerse en el poder”. El fraude de la elección presidencial “fue superado con creces el domingo 12 de marzo. En esta última ocasión se rellenaron urnas a la vista de todos”, y los vigilantes de la UNO fueron expulsados de los centros de votación, sostenía la coalición opositora<sup>41</sup>.

Entre 1969 y 1972, casi ninguno de los patrones conocidos ante las crisis funcionó. Ni siquiera el más funcional de todos ante las situaciones límite, el golpe de Estado, había resultado esta vez. Así que el país quedaba con una funcionalidad atascada, pues los patrones implantados por la modernización de la década de los años cincuenta —entre ellos la emigración y el ensanchamiento industrial centroamericano— estaban paralizados. También quedaban tiradas las opciones reformistas, en especial la más emblemática de todas, la reforma agraria. Había una novedad: era la apuesta revolucionaria. Las mujeres y los hombres comprometidos con esa causa eran, en su mayoría, jóvenes, y formaban grupos dispuestos a derribar violentamente el orden establecido. Había otro hecho nuevo: las operaciones violentas contra los opositores, amparadas desde los cuerpos militares.

### Insubordinación, guerra y crisis

El Salvador invadió Honduras dejando de lado el enfoque de la subordinación, el cual se guiaba por varios postulados fundamentales: el anticomunismo, las reformas y el desarrollo. Además, como decía el coronel Medrano, había una línea política para América Central: el enfoque regional, que se plasmaba en el Consejo de Defensa Centroamericano (Condeca), entidad que tenía la misión de organizar un dispositivo para repeler los ataques que el comunismo pudiera lanzar desde el exterior con el apoyo de fuerzas locales.

Después de la creación del Condeca, en 1964, hubo ensayos basados en la idea de la agresión externa con apoyo local. Al menos cuatro maniobras militares se realizaron con el apoyo del Comando Sur de los Estados Unidos: Centroamérica, en Honduras; Nicaragua, en Nicaragua; Halcón Vista, en Guatemala; y Cuscatlán, en El Salvador. “Todas estas maniobras se efectuaron bajo la hipótesis de guerra que fuerzas comunistas provenientes de un país del Caribe, Cuba, con apoyo de grupos insurreccionales, habían capturado una población o territorio”, dice César Elvir Sierra, quien participó en la de Honduras como jefe de Logística de la Fuerza de Tarea Tela<sup>42</sup>.

Esa nueva disposición de los ejércitos centroamericanos contaba con el apoyo de los militares de Estados Unidos. En El Salvador se había elaborado un estudio sobre los requerimientos de armas y equipos de los cuerpos castrenses, con la participación de los agregados militares estadounidenses. Tales actuaciones se explicaban por el interés de los Estados Unidos en garantizar la capacidad operativa idónea de los ejércitos de la región frente a las que se consideraban amenazas comunistas.

En la década de 1960, oficiales de Estados Unidos estaban involucrados, de forma decidida, con sus colegas locales. En El Salvador, dos miembros del Grupo Militar de los Estados Unidos formaron parte de los equipos encargados de planificar las operaciones contra Honduras. Lo hicieron excediendo sus atribuciones, según versiones oficiales posteriores, como la de un embajador de la Casa Blanca en Tegucigalpa. Esta actuación “se hizo en violación directa a la política de los Estados Unidos y las normas de operación y funcionamiento del mismo Grupo Militar y las instrucciones del mismo Embajador, que miraban con preocupación el desarrollo del conflicto entre Honduras y El Salvador. Estos oficiales fueron separados de sus cargos y

41. *La Prensa Gráfica*, 16 de marzo de 1972.

42. Elvir Sierra, C., *óp. cit.*, pp. 56 y ss.



posteriormente retirados del Ejército”, dice el ex embajador Jack Binns<sup>43</sup>. En su tiempo, sin embargo, la intromisión debe de haber producido interpretaciones exageradas, en uno y otro país, sobre la intervención de los Estados Unidos. De cualquier manera, el mando militar salvadoreño estaba dejando a un lado la subordinación al planteamiento regional de los Estados Unidos, y lo hacía con participación de oficiales de ese país.

Los jefes salvadoreños creyeron en un éxito militar rápido y seguro, con base en el cual esperaban asegurar la residencia de las familias salvadoreñas en el vecino país. Además, no tenían planes sobre un territorio desconocido, pues habían participado en maniobras realizadas en territorio hondureño, amparándose en el esquema de la coordinación militar regional. Por otro lado, calcularon que no se produciría una reacción diplomática de condena a la invasión, como la que hubo. Se equivocaron; y con su error estaban cancelando el modo de crecimiento que había tenido el país durante la última década.

Para involucrarse en la guerra, el mando salvadoreño dio varios virajes significativos: abandonó la subordinación doctrinaria, invirtió cuantiosos recursos en los nuevos planes y levantó un discurso de compromiso con los derechos humanos de la gente en Honduras. “La lucha del pueblo salvadoreño no tiene más que un objetivo: garantizar las personas y bienes de nuestros compatriotas en Honduras”, declaró el presidente Sánchez Hernández el 18 de julio de 1969<sup>44</sup>. Dos meses más tarde hizo

otra declaración sorprendente: “Los acontecimientos recientes marcan el comienzo de una nueva etapa de nuestra historia: la de la realización impostergable de los cambios necesarios [...] Reforma educativa, reforma agraria y reforma administrativa”<sup>45</sup>. El presidente Sánchez Hernández decía que 1969 había sido el año de la tragedia y de la reflexión. “Hemos visto bajo una nueva luz nuestros viejos problemas, y hemos comprendido, aún con mayor claridad, las necesidades de cambios indispensables en el país y la conveniencia de revisar el proceso de integración centroamericana”, señalaba el presidente<sup>46</sup>.

**Con el fraude electoral, la intervención militar en la Universidad de El Salvador y las nuevas formas de represión, implantadas desde 1972, se inició el camino hacia otro período. Poco a poco se construirían los cimientos de una crisis histórica que condujo a la guerra civil.**

Sin embargo, los “cambios indispensables” se aplazaron y los “viejos problemas” se actualizaron. De esa manera, a medida que la política gubernamental admitía la existencia de una situación histórica límite, pero no se reorientaba decididamente hacia la ejecución de alternativas viables, se fue perfilando una encrucijada nacional. Lo advirtió Ellacuría: “El Salvador se ha comprometido públicamente a mucho y tanto desde dentro como desde fuera se le va a exigir que responda a lo que fue su reclamo en momentos difíciles: la defensa de los derechos fundamentales de la persona, por encima de otros valores y a costa de cualquier sacrificio”<sup>47</sup>.

El resultado de la guerra fue una crisis general, aunque eso no se vio de inmediato. Primero hubo un intento de lograr una salida reformista, que continuara la apertura, el crecimiento y la transformación. Hubo una evidencia insólita de tales propósitos: el Congreso de

43. *Ibíd.*, p. 67.

44. Sánchez Hernández, F., “Discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1969”. En *Discursos*, tomo III, San Salvador: Casa Presidencial, 1969, p. 13.

45. *Ibíd.*, p. 35.

46. *Ibíd.*, p. 45.

47. Ellacuría, I., “Los derechos humanos fundamentales y su limitación legal y política”, *ECA*, 267, diciembre de 1970, p. 656.

Reforma Agraria de 1970, convocado por el Gobierno y que contó con la participación de sindicatos, partidos, asociaciones y universidades. Solo las cámaras empresariales se retiraron del evento. Cuando llegó la cita electoral de 1972, se produjo el viraje. De los afanes de apertura y la visión reformista se pasó a un autoritarismo de seguridad nacional que estaba cerca de las nuevas ideas esgrimidas en Washington, las que se aplicarían con vigor en el Chile de Allende. Con el fraude electoral, la intervención militar en la Universidad de El Salvador y las nuevas formas de represión, implantadas desde 1972, se inició el camino hacia otro período. Poco a poco se construirían los cimientos de una crisis histórica que condujo a la guerra civil.

Entre 1940 y 1970 hubo un tránsito lento que, primero, forjó un enfoque de subordinación, con base en el cual, después, se desplegó la apertura política, en íntima conexión con los

postulados de Washington. Del autoritarismo modernizador de la década de 1950, luego de asumir el espíritu de la intervención de la CIA en Guatemala, se pasó a reciclar el discurso revolucionario que entonces se manejaba. En la década de 1960 hubo una adopción plena del planteamiento vigente en la Casa Blanca, cristalizado en la Alianza para el Progreso, con el que se abrió un momento político nuevo, de apertura, liberalización y reconocimiento parcial de los derechos correspondientes a los opositores. Apenas pasaron ocho años de apertura y, cuando desde el mando político militar se constataron sus tendencias (hacia el triunfo opositor en las elecciones presidenciales), se cerró la evolución de los tres momentos anteriores. Y se desataron fenómenos nuevos, no por su naturaleza, sino por su magnitud: se abría una cita con la violencia que transformaría la vida nacional; también, las modalidades de subordinación.